

quizá uniéndosele allí el capitán D. Manuel del Río con los que lo acompañaban. Siguió su marcha y el primero ó dos de Noviembre entró en la Barca; el tres y cuatro fué atacado por los independientes al mando de Huidrobo (que tenía el título de inspector por Hidalgo), Godínez y Alatorre y no obstante de que éstos fueron rechazados, se vió obligado á retirarse de la Barca. Como esta operacion era difícil de realizarse, porque lo impedía el enemigo, y Recacho obraba con muchas precauciones, excojitó un nuevo proyecto, ocurrió á un singular ardid, que puesto en planta, lo hizo llegar á Guadalajara libre de todo peligro. Ordenó al cura párroco que él (según lo dice un autor) acompañado de todos sus clérigos, sacase al Santísimo de aquella parroquia y conduciéndolo en un coche se pudiese en marcha, uniéndose á la fuerza de su mando. Ocurrió el resultado que se propuso este coronel Oidor, llegó á Guadalajara sin haber ocurrido á su persona ningun accidente lamentable, y siendo por aquella capital recibido con grandes muestras de júbilo. Me referiré á su parte, que á continuacion inserto.

PARTE DE RECACHO.

El Sr. D. Juan José Recacho, Oidor de la Real Audiencia de Guadalajara, ha remitido á este superior gobierno el siguiente parte:

«Excelentísimo Señor:

«Inteligenciado de que no ha llegado á noticia de V. E. las acciones de la Barca del 3 y 4 de Noviembre próximo, ni mi retirada á Guadalajara por orden del Sr. Comandan-

te general paso á dar parte á V. E. de que el día 30 de Octubre, reunido con el capitán D. Antonio Corbaton, salí de Atéquizar con direccion á la Barca, y llegué con toda la gente á Poncitlan, á donde pasé la noche habiendo tomado los pasos del río para que no tuviera noticia alguna el enemigo de mi movimiento, el 31 salí de Poncitlan y llegué á Sula, y habiéndome acampado al otro lado del río para no detenerme al día siguiente, salí después de haber comunicado á los capitanes el plan de ataque de la Barca, con la noticia de que allí se hallaban los rebeldes, en número de cuatro mil, mandados por un Godínez; pero á tres leguas del pueblo, dijeron varios hombres que hallé en el camino, que los enemigos habian huido el día ántes embarcándose con precipitacion para pasarse al otro lado del río con direccion á la Villa de Zamora; pero á pesar de la conformidad de todos los que examiné en el camino hice alto en la inmediacion, y después de haber dividido la gente en tres columnas, envié la compañía de caballería de voluntarios europeos al cargo del capitán de dragones D. Juan Josef de Echarte, para que explorase todo cuanto me podía conducir, y no advirtiendo novedad, formada en ala hice alto, fuera del tiro de fusil del pueblo y á mi ayudante D. Joaquin Castañeda, para intimarle su rendicion y á los principales y gentes que hubiese con armas que saliesen sin ellas, fuera; así lo ejecutaron todos los que allí se hallaban, y á su cabeza el clero, repicando al mismo tiempo las campanas, me dirigí por la calle principal á la plaza, habiendo dejado la poblacion rodeada por cuatro compañías de lanceros, y habiendo formado en aquella la demas gente, hice entrar la del pueblo, y después de haberles leído un capellán el edicto de la Santa Inquisicion contra el cura Hidalgo, y sus secuaces y fijádolo en la

puerta de la iglesia, publiqué á nombre del Rey indulto para todos los que se presentaran y avisaran de las gavillas que habian convocado y reunido los cabecillas Godínez, Alatorre y Huidrobo, el último con el título de inspector del cura Hidalgo, y los otros con el de capitanes; despues de haber tomado las providencias de precaucion que me parecieron precisas, se cantó el *Te-Deum* y di inmediatamente cuenta de todo á V. E. y al Gobierno de Guadalajara por medio de extraordinarios. El dia siguiente lo di de descanso á la tropa sin novedad, pero el 3 en la mañana avisó el vijía que tenia en la torre, que por el camino de Zamora del otro lado del rio, se devisaba á bastante distancia una gran polvareda, y habiéndolos examinado por mí mismo con el antejo, conocí que era levantada por un crecido número de gente, y habiendo puesto á la mia sobre las armas, se comenzaron á distinguir los enemigos en peloton á pié y á caballo con direccion á las barcas, extendiéndose otro al mismo tiempo á la derecha por la orilla del rio, con el intento de pasarlo á nado; pero habiendo conocido su intento, situé el cañon al lado de acá del rio, en el paso de las barcas, que de antemano tenia recojidas y tendidas por los puntos amenazados, la compañía de granaderos provinciales de Guadalajara, al cargo de su capitan D. Manuel del Rio, y las dos de voluntarios europeos al mando de sus capitanes D. Antonio Corbaton, y D. Juan Josef Echarte, con dos compañías de lanceros formando las otras cuatro á espaldas del pueblo, para cubrir la de los que defendian los pasos; los enemigos luego que estuvieron á tiro rompieron el fuego con un cañonazo de metralla que hirió á un lancero quebrándole el brazo, pero se les respondió tan vivamente con nuestros cañones que antes de tirar cinco tiros, el enemigo

M—H OKOT

tenia el suyo desmontado, y algunos muertos, entre ellos uno de sus cabecillas que luego me dijeron los prisioneros era teniente coronel nombrado por Hidalgo, haciendo al mismo tiempo bastante daño el fuego graneado de las compañías, dirijido á los que se acercaban á la orilla opuesta, hasta que despues de una hora de fuego, volvieron la espalda los enemigos en precipitada fuga; pero habiendo yo notado que algunos se habian quedado ocultos en unas cercas inmediatas, mandé al capitan de dragones D. Juan Josef de Echarte, que pasase al otro lado del rio con diez granaderos y diez voluntarios europeos para quemar las cercas, como lo ejecutaron trayéndose siete prisioneros, tres mujeres y varios caballos con algunos despojos, habiendo todos, tanto oficiales como soldados, mostrado el mayor valor, sin otra novedad en aquel dia. El siguiente á la una y cuarto de la tarde, me dió parte el vijía, de que comenzaba á salir con precipitacion, mucha gente de un monte inmediato al arrabal de San Pedro, y que se dirijian al pueblo á toda carrera: Tocada generala, se puso la gente sobre las armas, pero por haber avisado el vijía que rodeaban la poblacion, y que no habia lugar para salir á encontrar á los rebeldes fuera de ella, determiné esperarlos en la plaza, tomando la principal avenida con el cañon y treinta fusiles, repartiendo los restantes en las demas, dejando en el centro la caballería formada en columnas á retaguardia de la infantería, para salir cuando conviniese. Sin haberme dejado mas tiempo que el preciso para recibirlos en órden, se presentaron los enemigos por la avenida principal de la iglesia, en un peloton como de mil hombres á pié y pocos de á caballo, tirando piedras con las ondas y avanzando osadamente á la boca del cañon; pero habiéndolos dejado acercar á tiro de fusil, man-

dé hacer fuego á metralla, que hizo un estrago horrible; léjos de amedrentarse, como creí, se cerró el peloton otra vez, siempre avanzando con una temeridad increíble; hasta que los repetidos tiros de metralla y de la fusilería que sostenia el cañon los escarmentó; pero no de manera que se separasen mucho. Al mismo tiempo, en las otras cinco avenidas, cargaban en excesivo número; pero por todas partes fueron rechazados por los fusiles valerosamente. Viendo yo que los enemigos habian retrocedido, y guareciéndose en las boca-calles de las que desembocaban en la principal, mandé á los capitanes de caballería que saliesen con espada en mano, á dispersar á los rebeldes que, á pié y á caballo, se mantenian en todas las calles asomándose por sus bocas y haciendo fuego con las escopetas que traian, y siempre á los oficiales. Salieron efectivamente los capitanes D. Agustin Chiafino, D. Felipe Inchauste, D. Dionisio Cabañas y D. Francisco Pacheco y, despues de haber hecho perder terreno á los enemigos por todas partes, matándoles é hiriéndoles mucha gente, advirtieron que era en demasiado número los que les cargaban por todas partes, por lo que se retiraron, trayéndome la sensible noticia de que el capitán Chiafino que por su fogosidad y valor salió antes de acabar de dar la orden, despues de haber cojido una bandera y muerto al que la traía, habia caido de un pistoletazo y recibido una multitud de lanzadas, por haberse cortado con cuatro ó cinco de los de su compañía. Tambien volvió herido mortalmente el capitán D. Felipe Inchauste, de un pistoletazo y una lanzada, y D. Dionisio Cabañas con una pedrada en el brazo derecho."

A continuacion intercala un parte del capitán Echarte, y sigue diciendo:

"Dicho cauitan (Echarte) se restituyó á la plaza, por la barca única que se habia dejado en el rio, conduciendo 158 prisioneros, incluso 4 capitanes, y siguió inmediatamente trabajando en varias salidas, siempre con buen suceso; los enemigos siguieron atacando con la mayor porfía, hasta el anochecer en que, despues de seis horas de fuego, se retiraron, quedándose siempre á la vista; luego mandé desmontar dos compañías de lanceros y tomé todas las avenidas de la plaza con gruesas vigas para dar descanso á la tropa; hice junta de capitanes aquella noche y, despues de haberlos oido, resolví la retirada por enmedio de los enemigos, la mañana siguiente, en virtud de tener muy pocas municiones y ningun arbitrio para facilitar víveres á la tropa y forraje á los caballos. Efectivamente, á las ocho de la mañana, despues de haber observado la posicion de los enemigos, que á una legua del pueblo se percibia que comenzaban á formarse en el camino de Sula que debiamos tomar, salí con toda la gente formada en una columna de diez hombres de frente, precedida del cañon, llevando en el centro los prisioneros.

"A media legua encontré al señor cura con sus clérigos y el Santísimo Sacramento, que habia sacado de su iglesia, cerrándola en virtud del entredicho que habia declarado, vista la obstinacion de su pueblo, cuya mayor parte de habitantes se habian unido á los rebeldes para atacarnos el dia anterior, y estaba incorporada con ellos; hice al cura que subiese con su Magestad á un coche en que llevaba los heridos, y seguí mi marcha con direccion á Sula, en que pensaba fortificarme al otro lado del rio, para esperar socorro de municiones de Guadalajara."

Sigue recomendando á los oficiales y tropa, y concluye:

«Todo lo pongo en conocimiento de V. S. para su inteligencia y porque no queden sepultadas en el olvido, unas acciones que deben ser atendidas.

«Dios guarde á V. S. muchos años.—Fortaleza de San Diego de Acapulco, 31 de Diciembre de 1810.—Excelentísimo Señor.—*Juan José Recacho*.—Señor Virey, gobernador y Capitan General de Nueva España, D. Francisco Xavier Venegas.»

OBSERVACIONES.

Nada bueno podia esperarse de las autoridades de Nueva Galicia, estando éstas no solamente en un completo desacuerdo, sino que á mas de que se hacian la guerra, se desconfiaba recíprocamente; en consecuencia la unidad que era tan necesaria en aquellos momentos, no existia, y las órdenes ó disposiciones que se dictaban era despues de mil disgustos y contradicciones y al fin desacertadas y extemporáneas.

La junta de seguridad que se estableció, fué otra nueva entidad que vino á producir mayores conflictos como hemos visto en la correspondencia del presidente Abarca con Calleja. Grandes fueron los abusos que esta junta cometi6, al abrogarse aún las facultades sobre guerra. Abarca en la correspondencia citada dice que ésta fué la que dió orden y dispuso saliesen las dos divisiones, una al mando del oidor Recacho, para la Barca, y la otra á las órdenes de Villaseñor para Zacoalco, nombramientos desacertados, torpes; y que así fueron los resultados que se obtuvieron.

Es de llamar mucho la atención, la falta de patriotismo de los españoles residentes en aquella provincia, cuando todos sus demas paisanos habian dado pruebas de todo lo contrario; el mismo Abarca dice, que él ofreció cinco mil pesos de su peculio para darles ejemplo, seguramente creyendo que el nuevo sacrificio que se les obligaba á hacer, seria inútil, enteramente estéril, y por esto sin duda se manifestaban frios é indiferentes.

Las providencias militares tomadas por el Obispo Cabañas, dieron el resultado forzoso que se debia de esperar; que llegada la hora, *el jefe y cuerpo de la Cruzada* se pusieron en salvo, no siendo los preparativos hechos por aquel prelado, mas que una parodia de las fiestas de carnaval é indignas de figurar en ellas personas de elevado carácter, y sumamente perjudicial por sus consecuencias, porque entre los sacerdotes criollos y españoles se vinieron á engendrar nuevos ódios y nuevos rencores.

No pudo haber sido mas acertada la eleccion que hizo Hidalgo, al nombrar á D. José Antonio Torres para jefe del movimiento que se debia efectuar en la Nueva Galicia, porque obró con tanta actividad y acierto, que pocos dias despues casi todo el Sur de aquella provincia, habia secundado el movimiento del caudillo de Dolores.

Verdad es que mucho contribuyó al buen éxito de la empresa del brigadier Torres, la favorable disposicion de ánimo de aquellos habitantes, que deseosos todos y anhelando sacudir una dominacion que se les hacia ya insoponible, esperaban solo una oportunidad para efectuarla.

El crecido número de hombres que armó Abarca y que segun él llegaban á doce mil, fué un poderoso auxilio para el brigadier Torres, porque todos marcharon á reforzar las filas independientes, aunque en el número hay exage-

